

YEAR OF SAINT JOSEPH



Jesus' appearance in our midst is a gift from the Father, which makes it possible for each of us to be reconciled to the flesh of our own history, even when we fail to understand it completely.

Just as God told Joseph: "Son of David, do not be afraid!" (*Mt 1:20*), so he seems to tell us: "Do not be afraid!" We need to set aside all anger and disappointment, and to embrace the way things are, even when they do not turn out as we wish. Not with mere resignation but with hope and courage. In this way, we become open to a deeper meaning. Our lives can be miraculously reborn if we find the courage to live them in accordance with the Gospel. It does not matter if everything seems to have gone wrong or some things can no longer be fixed. God can make flowers spring up from stony ground. Even if our heart condemns us, "God is greater than our hearts, and he knows everything" (*1 Jn 3:20*).

Here, once again, we encounter that Christian realism which rejects nothing that exists. Reality, in its mysterious and irreducible complexity, is the bearer of existential meaning, with all its lights and shadows. Thus, the Apostle Paul can say: "We know that all things work together for good, for those who love God" (*Rom 8:28*). To which Saint Augustine adds, "even that which is called evil (*etiam illud quod dicitur*)". [19] In this greater perspective, faith gives meaning to every event, however happy or sad.

Nor should we ever think that believing means finding facile and comforting solutions. The faith Christ taught us is what we see in Saint Joseph. He did not look for shortcuts, but confronted reality with open eyes and accepted personal responsibility for it.

Joseph's attitude encourages us to accept and welcome others as they are, without exception, and to show special concern for the weak, for God chooses what is weak (cf. *1 Cor 1:27*). He is the "Father of orphans and protector of widows" (*Ps 68:6*), who commands us to love the stranger in our midst. [20] I like to think that it was from Saint Joseph that Jesus drew inspiration for the parable of the prodigal son and the merciful father (cf. *Lk 15:11-32*).

La venida de Jesús en medio de nosotros es un regalo del Padre, para que cada uno pueda reconciliarse con la carne de su propia historia, aunque no la comprenda del todo.

Como Dios dijo a nuestro santo: «José, hijo de David, no temas» (*Mt 1,20*), parece repetirnos también a nosotros: «¡No tengan miedo!». Tenemos que dejar de lado nuestra ira y decepción, y hacer espacio —sin ninguna resignación mundana y con una fortaleza llena de esperanza— a lo que no hemos elegido, pero está allí. Acoger la vida de esta manera nos introduce en un significado oculto. La vida de cada uno de nosotros puede comenzar de nuevo milagrosamente, si encontramos la valentía para vivirla según lo que nos dice el Evangelio. Y no importa si ahora todo parece haber tomado un rumbo equivocado y si algunas cuestiones son irreversibles. Dips puede hacer que las flores broten entre las rocas. Aun cuando nuestra conciencia nos reprocha algo, El «es más grande que nuestra conciencia y lo sabe todo» (*1 Jn 3,20*).

El realismo cristiano, que no rechaza nada de lo que existe, vuelve una vez más. La realidad, en su misteriosa irreductibilidad y complejidad, es portadora de un sentido de la existencia con sus luces y sombras. Esto hace que el apóstol Pablo afirme: «Sabemos que todo contribuye al bien de quienes aman a Dios» (*Rm 8,28*). Y san Agustín añade: «Aun lo que llamamos mal (*etiam illud quod malum dicitur*)» [19]. En esta perspectiva general, la fe da sentido a cada acontecimiento feliz o triste.

Entonces, lejos de nosotros el pensar que creer significa encontrar soluciones fáciles que consuelan. La fe que Cristo nos enseñó es, en cambio, la que vemos en san José, que no buscó atajos, sino que afrontó "con los ojos abiertos" lo que le acontecía, asumiendo la responsabilidad en primera persona.

La acogida de José nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles, porque Dios elige lo que es débil (cf. *1 Co 1,27*), es «padre de los huérfanos y defensor de las viudas» (*Sa/68,6*) y nos ordena amar al extranjero [20]. Deseo imaginar que Jesús tomó de las actitudes de José el ejemplo para la parábola del hijo pródigo y el padre misericordioso (cf. *Lc 15,11-32*).